BIBLIOTECA NACIONAL

"EL MODELO"

Esta acreditada fábrica de cigarros está llamada á superar á todas las de la República, por el exquisito gusto del tabaco que emplea en su manufactura.

Para pedidos de cualquiera importancia, dirijirse á la Fábrica, esquina de Santo Domingo y Celaya.—México.

R. Ampudia y Cª.

HOTEL Y RESTAURANT
DEL CAFE INGLES.
8—*Calle del Coliseo*—8

Este establecimiento es el mejor montado y el mas vasto de México.—Servicio variado y abundante.—Precios equitativos.—Teléfono, 37.

¡Buen caldo!

I.

Y el doctor, despues de pulsar á la enferma, tomó asiento á la cabecera de la cama y empezó su interrogatorio de costumbre.

—¿Y qué tal, Adelina, se ha dormido bien?

—Perfectamente, doctor.

—Con un verdadero sueño de ángel!—repuso doña Justa.—Yo la contemplaba desde la butaca, y daba gracias á Dios de verla dormir tan sosegadamente. ¡Pobre hija mia!.... ¡ha sufrido tanto desde hace un mes!....

—Pero ya somos dueños de esa pícara fiebre que tanto nos ha dado que hacer!—continuó el doctor, sonriendo con aire de triunfo.—¿Y la cabeza?.... ¿se han repetido los desvanecimientos desde ayer acá?

—No, señor!

—¿Y hay apetito?

—Un poco.

—¿Un poco?.... Si la dejaran, doctor,—añadió la madre—creo que se comia un carnero!....

—¡Excelente síntoma, señora! enfermo que desea comer no tiene ganas de morirse. Pero debemos irnos con tiento, porque ese estómago está muy débil y hay que educarle: el menor exceso nos haria perder todo lo que hemos adelantado.

—¿Y cuándo podré levantarme, doctor?

—Dentro de cuatro ó seis dias, cuando hayamos adquirido alguna fuerza....

¡Oh! cuánto voy á correr por esos campos!—dijo Adelina incorporándose en la cama, con el rostro radiante de alegria.

—Loquilla!—exclamó la madre abrazándola cariñosamente—¿crees que te lo permitirán tus débiles piernas?.... en vez de correr, siempre tendrémos que darte un báculo para que te sirva de punto de apoyo.

—No, mamá, ya verás que fuerte me pongo en pocos dias.

—Dios lo quiera, hija de mi alma!.... tengo tanto deseo de verte completamente restablecida!

—Pues es un deseo que va usted á ver cumplido muy pronto, señora doña Justa.

—¡Oh? cuánto tendrémos que agradecer á usted, doctor! sin sus inteligentes cuidados, no sé lo que habria sido de mi pobre Adelina!....

—Señora, no hablemos de eso; yo no hago sino cumplir con mi deber....

—Y algo más, doctor.... ¡venir á caballo dos veces todos los dias, á una distancia tan considerable!.... Y á propósito, ¿se ha desayunado usted?

—No, señora: no son mas que las nueve....—dijo el médico, mirando el reloj.

—Entónces, voy á mandar que traigan una taza de caldo para Adelina y otra para usted.... de un caldo capaz de resucitar á un muerto....

—¿Para mí?—exclamó el doctor con viveza.—¡Oh! no, señora, gracias:—hace veinte años que no le tomo.... el caldo es un brebaje que detesto!

—Pues si no, una jícara de chocolate, una copa de vino y dos bizcochos.....

—¡Vaya por los dos bizcochos y por la copa de vino!

Cuando la bandeja con el caldo y el vino estuvo sobre el velador, doña Justa sirvió una copa de excelente Jerez, y dijo al médico:

—¿Podrémos darle á esa golosa un bizcocho sin peligro de recaídas?

—Sin duda, mamá!

—Pero nada mas que uno!—contestó gravemente el facultativo.

—Muchas gracias, doctor!—repuso la interesante convaleciente, apoyando su pálida cabeza en su descarnada mano.—Luego, fijando sus negros ojos en el benévolo semblante del médico: ¿Me permite usted, mi querido Hipócrates,—añadió—que le haga una pregunta?

—Aunque sean diez, hija mia.

—Yo soy muy observadora y muy curiosa. Cuando mamá le ofreció ántes una taza de caldo, hizo usted un gesto de repugnancia, casi de espanto, como si le hubieran ofrecido una copa de arsénico. Luego dijo usted que hacia veinte años que no tomaba ese brebaje detestable.... ¿Por qué aborrece usted el caldo, doctor?

—Qué candideces tienes, Adelina!—interrumpió la madre.—Probablemente será porque no le gusta!

—No, señora.... Adelina tiene razon! Mi aborrecimiento por esa bienhechora y nutritiva sustancia data desde un dia en que por poco me sirve de suplicio.... es una horrible anécdota, cuyo recuerdo me extremece todavía!....

—Cuéntenosla usted, doctor!

—No, no,—repuso la madre—que tú no estás para emociones fuertes.

—Pero escuchar un cuento, por terrible que sea, no me hace daño, mamá! yo no soy nerviosa.... Cuentenos usted eso, doctor!

El médico volvió á pulsar á la convaleciente.

—No hay peligro ninguno en complacerla!—dijo.

Y despues de mojar un bizcocho en el Jerez, tomó la palabra en estos términos:

II.

Para todo el que abraza la carrera de medicina por verdadera vocacion, y no por cálculo de futuros medros, hay en ella dos poderosísimos alicientes: el amor á la ciencia, y el alivio y consuelo de sus semejantes. El amor á la ciencia nos obliga á estudiar la fisiología y la psicología, esto es, las funciones de los órganos y las facultades del alma, con una especie de sed inextinguible; y el deseo de hacer bien á nuestros semejantes, á no escatimar ningun sacrificio, por grande que sea, cuando se trata de aliviar sus dolores ó de salvarlos de las garras de la muerte.

Hay una enfermedad á cuyo estudio tuve desde mi entrada en el colegio decidida aficion, ya por ser una de las mas difíciles y misteriosas, ya porque en ella el fisiólogo y el sicólogo se encuentran en un mismo terreno, puesto que de igual manera la producen los grandes sacudimientos del alma que la depresion material de los órganos. Esa enfermedad es la locura, la mas rebelde y la mas compleja de cuantas abarca el dominio de la ciencia.

En las afecciones ordinarias, la analogía conduce al facultativo como de la mano para formar con acierto su diagnóstico y para que pueda elegir los remedios mas eficaces. En el desarreglo de las facultades intelectuales, producido unas veces por una violenta contusion, otras por un pesar profundo, otras por un sentimiento contrariado, otras, en fin, por el abuso del trabajo mental, la práctica es un auxiliar casi impotente y los síntomas inútiles del todo, si el médico no estudia con detenimiento la historia físico-moral del individuo, para buscar

LA PESCA

POR

GASPAR NUÑEZ DE ARCE

POEMA.

XC.

Nunca el riesgo imprevisto la acobarda,
y hiende tan gallarda
la inmensidad del piélago bravío,
que no deja tras sí, rápida y suave,
ni aun la huella que un ave,
rozando con el ala, abre en el río.

XCI.

El noble pecho de Miguel se ensancha
ante la airosa lancha
que su fortuna y su ambición encierra,
y le presta solícito el cuidado
con que el bravo soldado
mima y atiende á su corcel de guerra.

XCII.

Un mancebo, que estaba de atalaya,
gritó á los de la playa:
—¡El patrón!—Y animosa la cuadrilla
á la dura jornada se dispuso.
Sólo absorto y confuso
un pescador permaneció en la orilla.

XCIII.

Sentado en un montón de húmeda arena,
extraño á la faena,
ocultaba su rostro entre las manos,
mostrando sólo en su actitud doliente
la ancha y curtida frente
orlada á trechos de cabellos canos.

XCIV.

Cual no maduro fruto, que la helada
malogra, su hija amada
cayó marchita al soplo de la muerte,
y se le sale, sin sentir, del pecho
el corazón deshecho,
en las acerbas lágrimas que vierte..

XCV.

Quien ha sufrido la mortal congoja
que, sin piedad deshoja
como agostada flor nuestra ventura
en ese instante de terrible prueba,
en que voraz se lleva
parte de nuestro sér, la sepultura;

XCVI.

cuando con lenta gradación se apaga
la luz dudosa y vaga
que colora la faz del moribundo,
¡ay! y á medida que en sus ojos crece
la sombra, nos parece
que va cayendo en lobreguez el mundo;

XCVII.

cuando vencidos en estéril lucha,
nuestra impotencia escucha
el tremendo estertor de la agonía,
y con angustia alborotada y loca
posamos nuestra boca
sobre otra boca descompuesta y fría,

XCVIII.

casi cerrada en su letal reposo
al ritmo fatigoso
que el pecho cadavérico le presta,
y que ya de la muerte bajo el peso,
ni al anhelante beso,
ni al tierno abrazo, ni á la voz contesta;

XCIX.

cuando aun tibios los míseros despojos,
vemos con turbios ojos
toda nuestra ilusion desvanecida,
y en medio del pesar que nos destroza,
sentimos cuál se goza
traidor recuerdo en enconar la herida;

C.

cuando envuelto en su fúnebre mortaja,
negra y medrosa caja
el bien amado para siempre encierra,
y siente el corazon despavorido
el ruido, el sordo ruido
que hace al cubrir el féretro la tierra;

(Continuará.)